me encantó estas líneas: «Una definición estricta de la encuadernación habría de decirnos que es un procedimiento que tiene por objeto unir entre sí las hojas del libro para facilitar el uso de éste y procurar su conservación. Pero hay algo más que esto: Como todo indumento, la encuadernación tiene también la finalidad de embellecer el libro. Y considerada bajo este segundo aspecto, puede decirse que, en cuanto puede adquirir la consideración de obra de arte, la encuadernación es la suprema manifestación del amor al libro y aquella en que ese amor llega a alcanzar los caracteres de un verdadero culto. Desde que existen libros ha sido el arte de la encuadernación uno de los de mayor abolengo, ya que sus obras se han destinado principalmente a enriquecer los tesoros de las iglesias y de los palacios, uniéndose de modo inseparable a las más selectas manifestaciones de la inteligencia».

Don José Galván Rodríguez, de sesenta y siete años de edad, es hombre al que sólo hay que buscarlo entre los libros, realizando su feliz tarea. Cada obra que sale de su taller hay que considerarla obra de arte. Sonríe mucho cuando le hago esta afirmación. Y me muestra trabajos suyos.

—Veamos, don José: el libro y sus orígenes.

—El origen y desarrollo del libro es lento y se ha ido manifestando a medida que la humanidad se ilustra.

—Aparece el libro impreso. ¿Qué pasó?

—Sorprendió tanto que se consideró arte de brujería. Estimo que es un deber resaltar la importancia que ha tenido y tiene en la historia de la cultura humana. El libro es, sin duda, la creación más completa del género humano; al eternizar el saber ha sacado al hombre de su rudez indefinida y se convierte en su amigo más constante, en el consejero más sabio, en el guía más fiel... Su historia es la historia del pensamiento. Y la historia del pensamiento, como todos sabemos, es la historia de la humanidad.

—El libro, don José, ¿lo contiene todo?

—Absolutamente todo. Como el hombre, su creador, tiene vida, cuerpo y alma. Alma, que son las ideas contenidas en sus páginas; cuerpo, que es la materia de que está formado. Y este cuerpo, como el que lo creó, tiene cabeza, frente o cara, pie, costado, lomo, nervios, espalda e incluso camisa o vestido, que es la encuadernación.

No para este señor Galván. Y mientras contesta a mis preguntas se va de un extremo a otro del taller, mira un libro, observa un trabajo. Luego, en un alto de su paseo y de su tarea, me dice:

—El mejor adorno del hogar es, precisamente, una colección de libros selectos convenientemente encuadernados. Nada da más prestigio y demuestra la cultura de su poseedor. En tiempos pasados, el libro fue el más preciado botín de guerra. Alfonso el Magnánimo, rey de Nápoles, hizo la paz con Cosme de Médicis, exigiendo a cambio un códice de Tito Livio. Muchos han sido los elogios y piropos dirigidos al libro. Dice un proverbio árabe: «Una casa sin libros es como un jardín sin flores». Los antiguos egipcios lo llamaban «Medicina del alma», y nuestro inmortal Cervantes opinaba «que no hay libro malo que no contenga algo bueno».

—Señor Galván...

—Espere, espere. Hay más cita que quisiera recogiera usted. Por ejemplo, D'Amicis: «El destino de muchos hombres depende de que haya habido una biblioteca en su casa paterna»; Edison consideraba al libro como «el medio más eficaz para la comprensión y acercamiento entre los hombres»; Stefan Zweig: «Ninguna energía ha podido extender una luz como la que a veces emana de un pequeño volumen. El libro es la fuerza siempre nueva e indestructible, fuera del tiempo, la más concentrada, bajo la forma más completa y variada». Por último recordamos a Rubén Darío:

«El libro es fuerza, es valor;
es poder, es alimento;
antorcha del pensamiento,
y manantial del amor».

—También, don José, si me permite, Góngora dijo: «Los libros no oyen, pero hablan».

—Justo, justo.

Está en su ambiente. Le encanta hablar del libro. A mí, si se me permite, también. Ahora, que estamos a un paso de que nos racionen la circulación con vehículo propio, vamos a tener más tiempo para, mientras llega el autobús, dedicarlo a la lectura. Es lo que se dice: «No hay mal que por bien no venga».

—Señor Galván: su infancia.

—Con poca edad, ingresé, para educarme, en el Colegio de los Padres Salesianos de Cádiz. Pronto me dediqué a la encuadernación, aunque reconozco tenía gran afición por la tipografía, por la que me sentía atraído y cuyos conocimientos considero convenientes para la más completa formación del encuadernador. Durante algunos años hice el aprendizaje, practicándolo como oficio, aunque preocupado ya por no dejarlo en este monótono marco y acercarlo, en lo posible, hacia el arte.

—¿De quién fue discípulo?

—En mi afán de superación, siempre me he considerado discípulo de todos los mejores. Numerosas visitas a las más renombradas bibliotecas del país me proporcionaron ampliar mis conocimientos y ambiciones artísticas. Pasaron los años. Me independicé, formando un taller, que sería, y sigue siendo, familiar, pues solamente cuento con la colaboración de mis hijos.

Sus hijos, como el autor de los días de estos, son auténticos artistas. Les veo orgullosísimos de su maestro, de quien aceptan sugerencias, ideas y consejos. En algunos momentos, el señor Galván parece se pone de mal humor. Pero no tarda ni medio segundo en volver a su estado normal, con esa sonrisa que la hace amplia y generosa.

—Bien, encuadernador gaditano...

—Perdón, vivo en Cádiz desde pequeño, pero no soy gaditano de nacimiento.

—¿No?

—No señor.

—¿De dónde es usted?

—De Sevilla; bueno, de la bella, simpática y siempre recordada Puebla de Cazalla.

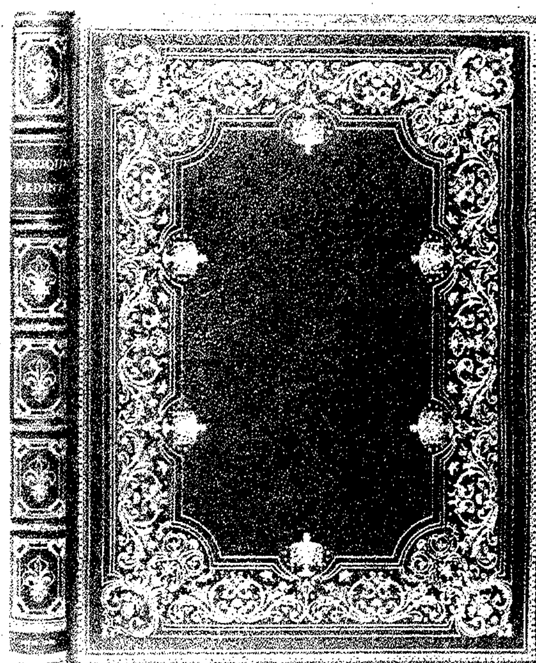
—Pues, qué bien. Dígame, ¿existe tradición de encuadernadores en su familia?

—No, mis padres y abuelos vivían de unas tierras que ellos mismos labraban. Mis primeros años se desarrollaron en ese ambiente. Allá, en mi pueblo sevillano, asistí al Colegio del Rebaño de María, donde me estimaron mucho. Y, a los once años de edad, me proporcionaron la posibilidad de ingresar en los Salesianos, en Cádiz.

—Y aquí sigue...

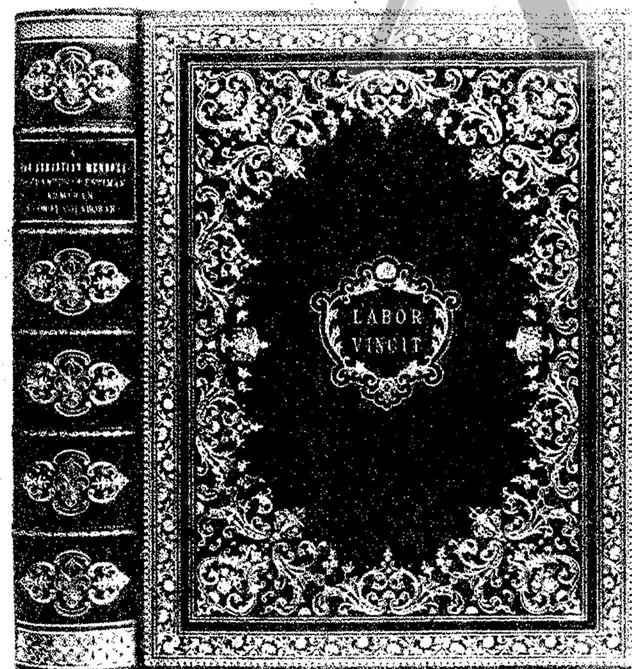
AMORES

Fotos y reproducciones: Peña Cáceres



Decoración estilo neoclásico, con dorados a mano.

La aparición del libro impreso sorprendió tanto que se consideró arte de brujería



Hierros imitación de los franceses del siglo XVIII. Firmado por Galván.